CAPITULO XII

En que se dá razón de los trabajos de D. Quijote para la unión de Portugal y España y de haber dado cima á esta dificultísima empresa.

Poco duraban á la Princesa Beatriz sus mejorías; pues cuando no se deleitaba con los relatos sabrosos del caballero, tornaba á caer en sus abatimientos y tristezas.

De cuantos interesábanse por su suerte, palaciegos, doctores y vulgo, éste era el único acertado al sospechar la causa de su mal, murmurando que la Princesa estaba enamorada.

Así era realmente; pero en lo que se equivocaba ese vulgo, que todo lo sabe, era en suponer que esos amores serían contrariados por alguna razón de Estado. Había contrariedad; mas no por ese motivo, sino por la imposibilidad de la propia naturaleza, que no permite pueda doncella alguna tener amorosas pláticas, entrevistas y requiebros, ni verse desposada, con un sér imaginario.

La Serenísima D.ª Beatriz estaba enamorada de una sombra, de un fantasma de Príncipe, al que había visto en sueños y al que miraba propiamente como de carne y hueso, en sus neuróticas alucinaciones. Aquel gallardo, apuesto y valerosísimo doncel, era el que ella quería; no al inglés, alto y destartalado como una yegua normanda.

D. Quijote, que supo las solicitudes del sobrino del Rey de Inglaterra, creyó malogrado su plan si no se anticipaba al de éste, y un día, después de haber llegado á relatar á la Princesa la última parte de sus aventuras, hasta su llegada á Portugal, ella misma le dió pie, sin sospecharlo, para que le descubriese sus pensamientos atrevidos.

Quisiera saber ahora, dijo la Princesa, por qué cuando os despedísteis esa segunda vez de Dulcinea, os encaminásteis á este reino de mis

padres; y si es que os proponéis conquistarlo, como el de Andorra, y destronar á mi dinastía.

Lejos de mi ánimo, respondió el caballero, y la prueba es que vine sin caballo, sin lanza, y sin espada pendiente de mi tahalí. A buen seguro no hubiese entrado inerme y desprevenido en vuestros poderosos Estados, de proponerme su conquista; pero si tal hubiera pensado, declaro soberana Señora que vuestra sola contemplación y el interés que tomáis en el relato de mis hazañas, hubiéranme disuadido de tal empeño. Era el mío todo lo contrario: aumentar el brillo de vuestra corona, la grandeza de vuestro pueblo, el poder de vuestras armas y los timbres de vuestro escudo. Por eso vine á Portugal y bendigo al cielo que ha deparado para mis intentos una Princesa de vuestras prendas.

Dejáisme, dijo ella, confusa y atónita; porque si es como lo decís, no sé por qué tardáis tanto en exponerme vuestros propósitos, que yo he de secundar; ya que todo lo que sea el bien de mi pueblo y el lustre de mi dinastía, ha de ser acogido por mí con satisfacción. Pero ved si en esto hay algún embeleco ó encantamiento, como muchos de los que me habeis referido; que ello se ha de examinar con detención y pasar por delgado tamiz.

No hay ficción ni encantamiento alguno en esto que os voy á decir, respondió seria y formalmente D. Quijote. Yo vengo con una secreta misión á vuestro reino, y vuestra Alteza es la primera que ha de saberla y meditarla.

Quedó la Princesa sorprendida, creyendo que todos los novelescos lances y aventuras relatados por aquel caballero eran un medio habilísimo de captarse la voluntad de ella, y que tal vez se habría hecho pasar por D. Quijote, para ir así de incógnito y disfrazado á cumplir su misión diplomática, y rogóle le dijera con claridad y verdad cuál era ésta, pues que se trataba de altos asunto de Estado.

Serenísima Señora, dijo D. Quijote inclinándose reverente; soy embajador de un Príncipe esclarecido, de sangre imperial, al que pronto han de admirar por sus hazañas todas las naciones políticas del mundo. En él se cifran y resu-

men todas las virtudes y prendas varoniles. Es gentil en la apostura, valeroso en el ánimo, temerario en los combates, prudente en los consejos. De su madre trae la belleza y gallardía; de su padre el arrojo y fortaleza; de los dos la nobleza y el discurso; y es presunto heredero de un trono que tuvo á la Cruz por egida de sus empresas, y al sol por remate de su corona. Este noble Príncipe, amigo de vuestro pueblo y enamorado de vuestra Alteza, me envía á vos y á vuestros Estados, para pediros en matrimonio, y unir así dos naciones en úna poderosa y fuertísima.

Estremecióse la Princesa Beatriz, pensando si podría ser ese Príncipe el que ella había visto en sueños, y preguntó cuya era su patria y cuya su estirpe; demandando al embajador le mostrase algún retrato de aquel egregio pretendiente.

Ese Príncipe esclarecido, dijo D. Quijote, vale más que Amadís y D. Galaor, es español, de familia real reinante y oriundo de Castilla. Cuanto á su retrato, no lo traigo en lienzo ni cartulina; pero sí os lo puedo hacer de palabra, que es tan exacto como si fuera á pincel. Y os diré que es de regular estatura, más bien alto y erguido; de rostro inteligente, ojos vivos y obscuros, nariz aguileña, finos labios, apenas sombreados por el bozo; brazo fuerte, lo mismo para llevar las riendas del gobierno que para enristrar la lanza; consumado jinete en las justas, ardoroso campeón en las lides; y une á lo afable de su trato que cautiva, lo firme de su voluntad que doblega, llevando el sol de España en su frente y el amor á vos en su corazón.

Pensativa quedó la Princesa Beatriz, porque entre todos los aspirantes á su mano no figuraba éste en los datos de la Cancillería, y se confirmó en su sospecha de que ese Príncipe era el que ella secretamente esperaba; pues todas sus señas coincidían con las visiones que de él tuvo.

¿Por qué no había de suceder, á pesar de la frialdad de relaciones de ambos países, que un Príncipe heredero de la corona de España se prendase de una Princesa heredera del trono

de Portugal? Y esto ¿no venía á confirmar las palabras del supuesto D. Quijote, de aumentarse el brillo de ambos cetros, la fuerza de las dos naciones y los timbres de sus escudos? ¿Por ventura no se reunieron así en el discurso de la historia muchos Estados, llegando á la mayor prosperidad y grandeza? ¿Qué eran Castilla y Aragón, antes de juntarse en D.ª Isabel y Don Fernando, y qué fueron después, cuando reunidos terminaron en las vegas de Granada la epopeya de la Reconquista, y, hallando estrecho el mundo conocido, enviaron sus carabelas con los Pinzones y Colón, para ensancharlo con otro nuevo continente? La Princesa Beatriz, que en medio de sus neurosismos era muy discreta, no dejaba de adivinar la gran obra de la unidad ibérica que se llevaría á cabo con que ella sola pronunciase una sílaba afirmativa, al requerimiento del Príncipe español.

¡Ah! nó, no opondrían sus padres dificultades, ni la nobleza y el pueblo portugués tampoco, cuando ella, Beatriz, el ídolo de todos, expresara su voluntad, y se supiera que con eso cesaban sus dolencias y nostalgias. Así que la real doncella determinó de ceder al amoroso requerimiento y empeñar su palabra y su corazón á aquel Príncipe, que tan delicada y secretamente y por medio de tan hábil Embajador había querido explorar su ánimo.

Contestó sin embargo al caballero que meditaría aquel asunto y le daría respuesta categórica, y asegurándose de que sus padres no habían escuchado aquel día la conversación mediada, se retiró, menos triste que otras veces, pero más preocupada y confusa.

Aquella conferencia habida sólo entre ella y D. Quijote, hizo su efecto en D.ª Beatriz. Toda la noche la pasó en vela dando vueltas á la imaginación, y confrontando la pintura hecha del Príncipe con sus propias figuraciones; comparándole con el desgarbado inglés que la cortejaba, y sacando la cuenta de las ventajas de aquella unión dispuesta por el cielo, que prepara á todo lo bueno y grande las inclinaciones de las criaturas.

Por supuesto, que la Princesa se adjudicaba

en aquella fusión de Estados y gobiernos la mejor parte. Ella sería otra Isabel la Católica. Tendría con su esposo la mancomunidad en el gobierno, sin que saliera á disputarle su trono ninguna Beltraneja. Reformaría las leyes, desterraría las corruptelas, ensancharía sus dominios, y si es preciso vendería sus joyas para reconquistar aquellos pedazos de Africa perdidos, de que un tiempo el Reino de Portugal se ufanaba. Desaparecería el humillante protectorado británico; Iberia sería Iberia, y volverían á surgir sus guerreros, sus escritores, sus poetas y sus navegantes, para admirar al mundo con sus obras. Lo único que no haría, como la Reina Católica, era aquello de estudiar latín, que contaba Lucio Marineo.

La Princesa dió su respuesta afirmativa á D. Quijote. Ella aceptaba los galantes ofrecimientos de aquel Príncipe español y prometía aguardarle para que oficialmente formulara su demanda; pero, entre tanto, el Embajador nada debía proponer al Rey de Portugal, sino volverse á dar al Príncipe aquellas nuevas, mientras ella preparaba el ánimo de su padre y allanaba toda suspicacia en el Reino. Podía, pues, el caballero marchar con igual incógnito, y asegurar al regio pretendiente que la Princesa heredera de Portugal sólo á él daría su mano y su corazón.

Grande fué el júbilo de D. Quijote, viendo á tan felice término conducida su empresa, y, desistiendo de comunicar su propuesta al Rey, determinó de partir en seguida; diciendo á la Princesa que, cuando fuera avisado de su oportunidad, se haría la proposición oficial, por medio de una Embajada extraordinaria, y luego vendría el Príncipe en persona, y que estaba seguro de que en toda España se recibirían estos esponsales con regocijo, por fundir en dos almas muchos millones de almas iberas, que andaban desacordes, desunidas y debilitadas, por resquemores antiguos que no tenían razón ninguna.

De nada de esto se enteró Bartola, que después del segundo día no asistió más á las audiencias de la Serenísima D.ª Beatriz; no sólo

por la humildad de su rango, sino por haber trabado amistad con algunos servidores del Rey, con los que se entretenía ponderándoles el valor de su amo y refiriéndoles algunos de los sucesos de que fué autor con él; pero no dejaba de andar á caza de noticias de los planes y labor de D. Quijote, que éste le reservaba absolutamente.

Luego que estuvieron prontos para partir, la Princesa entregó un retrato suyo, con un cerco de brillantes, á D. Quijote, para que lo llevara secretamente al Príncipe, y además hizo regalo al caballero de un magnífico caballo castaño, con un lucero blanco en la frente, que era signo de buena estrella, y también le donó una antigua y valiosa armadura, que se suponía fuese de alguno de aquellos esforzados capitanes portugueses, que recorrieron el mundo asombrándolo con sus hazañas.

A Bartola hizo donación el Tesorero de Palacio, de parte de la Princesa, de una bolsa llena de oro y de otro caballo; cosas que le enloquecieron de alegría: y prometiendo D. Quijote al Rey que tan pronto como un nuevo y veraz cronista escribiera la historia de su última salida, enviaría un ejemplar á Palacio, partiéronse el caballero andante y Bartola, tan contentos y satisfechos que el júbilo que les salía del corazón les rebosaba por los ojos.

Cuando volvían hacia Badajoz, no en humilde vagón de tercera, sino en un coche salón, dispuesto adrede, con gran asombro de D. Quijote que no comprendía que en el estómago del dragón aquel hubiese muebles, camas, tocador y fonda, Bartola iba perplejo, pensando cómo habría dado su amo cima á la conquista de Portugal, tan suave y tranquilamente; pues sin duda lo había conseguido cuando tan contento y alborozado estaba.

Señor, rompió á decir al cabo de sus reflexiones; por quien Dios es, le suplico me aclare este misterio de haber Usía dado término en tan breve tiempo á la ganancia de Portugal, y eso en tal manera que su Rey y su Princesa, que han de dejar de serlo, nos colmaron de be-

neficios, y su Corte, que se ha de disolver, nos despidió gozosa.

Ya lo viste, respondió D. Quijote, y habrás notado que soy tan esforzado en la guerra como hábil en la diplomacia. No por conquista, sino por sutiles políticas artes, he conseguido mi empeño, y ahora nos volvemos no más que á poner en ejecución lo convenido, para que quede consumada la unión íntima y amorosa de Portugal con España.

Reconozco el mérito de Usía, replicó Bartola; aunque yo ignoraba que los caballeros andantes usaran artes diplomáticas, en vez de espada y lanza, y creí que, á punta de ésta, es como Usía hubiera de ganar ese Reino.

Te equivocabas, interrumpió D. Quijote, que todos los grandes conquistadores han sido á la vez consumados políticos. Así fué Alejandro, que formó, no sólo por las armas, sino por su genio y habilidad, un colosal imperio; así fué Aníbal, que por el hábil trato de países enemigos pudo atravesar España, las Galias y parte de la Italia, para caer frente á Roma; así fué Julio César, que, no tanto por el valor como por el espíritu sagaz, sojuzgó los más remotos países hasta la Bretaña. Y esos eran verdaderos caballeros andantes de su tiempo, ó por lo menos, grandes capitanes y figuras inmortales de la Historia.

Pero en suma, insistió Tragaldabas que ardía en deseos de saberlo; ¿cuál ha sido el medio diplomático y no guerrero con que Usía ha conseguido tan señalado triunfo? Dígamelo, que yo le guardaré el secreto, si lo hay, y aun creo que, salidos de Portugal, no habrá inconveniente en hacerlo público.

Vas á saberlo, respondió el caballero; pero cállalo en algunos días, hasta que la Princesa deje al Rey su padre conforme, de lo que ella responde por el amor que él la tiene. Dejo concertado con esa Princesa el matrimonio de un Príncipe español, que ha de heredar la corona de España. Ambos consortes gobernarán así los dos países, como los Católicos Reyes gobernaron á Aragón y Castilla; y de esta suerte se fundirán las dos coronas en una mayor y más alta; pues

como de ese matrimonio surgirá otro Príncipe heredero, en él se habrán ya definitivamente unido los dos Estados, para su mayor prosperidad y grandeza.

Pero ¿cuál es ese Príncipe heredero de España ni cómo Usía se ha comprometido en nombre de él y sin su voluntad á ese matrimonio? ¿O es que también los caballeros andantes pueden disponer del ánimo y albedrío de los Reyes y de sus herederos? dijo Bartola.

Imposible parece no lo hayas adivinado, hombre de poco seso, respondió ufano D. Quijote. ¿Había yo de tratar en nombre de ese Príncipe, sin autoridad para tanto? Ese Príncipe es el que ha de nacer de mi matrimonio con Dulcinea, y ya ves tú qué mejor negociador que su propio padre. ¿Es ó no Dulcinea Emperatriz del Toboso? ¿Es ó no el Toboso la capital y centro de todos los Reinos de España? ¿Será ó no heredero de esos Reinos el hijo de Dulcinea? ¿Seré yo ó no padre de tal hijo, cuando le haya de mi matrimonio con esa soberana señora? ¿Tendré ó no sobre él la patria potestad y representación, para tratar y contratar aun sobre su casamiento, como es costumbre entre familias reales? Pues si todo ello es así, afirmativamente, y traté con la Princesa y ella empeñó su mano y su real palabra á este Príncipe, mi propósito está conseguido, y la unión definitiva de España y Portugal es un hecho, pasado en autoridad de cosa juzgada.

Bartola se llevó las manos á la cabeza y no sabía si dar suelta á las lágrimas ó á la risa; pero, comprendiendo por la exaltación de su amo, que toda réplica era peligrosa, se contentó con dolerse de nuevo íntimamente de haber puesto su hacienda y esperanzas en un loco tan incurable.

Cuando húbose sosegado un poco, el escudero se atrevió á decir que le parecía harto arriesgado aquel pacto y compromiso: porque bien pudiera ser que Dulcinea fuera estéril, ó que hasta los sesenta años no diese á luz hijo alguno como Sara, y que, ó no hubiera Príncipe con quien casar á la heredera de Portugal, ó

cuando éste llegara á mozo fuera aquélla vieja ochentona.

Calla, calla, dijo D. Quijote, que siempre te pones en lo peor. ¿Ha de esperar Dulcinea á los sesenta años, para darme un hijo, cuando no aguardó nada con el Patagón? Y, ¿cómo hemos de suponerla estéril cuando tenemos testimonio de su fecundidad en nuestros propios estómagos, con aquellos trozos de cabrito que adobaste? Medita en esto y verás que, para ser buen argumentador lo primero es ser buen memorioso.

Dióse por vencido Tragaldabas; pero á la vez se dió por perdido también en sus esperanzas de algún reino ó al menos del gobierno de alguna rica provincia: porque si D. Quijote había de ganar los reinos así en adelante, él se quedaría tan defraudado como entonces; pero el oro recibido de parte de la Princesa le consoló sobradamente, y, llegada la noche, se durmió estrechando la bolsa contra su pecho, mientras el caballero acariciaba fantasías y veía realizada la unión tenida por imposible de aquellas dos coronas reales.

CAPITULO XIII

De las pláticas de D. Quijote y Bartola, y la llegada de ambos á Sevilla.

Señor, voy meditando, dijo Tragaldabas conforme regresaban á Badajoz, cuán cierto es aquel refrán de que no hay mal que por bien no venga: porque hé aquí que el mal que hicimos con aquel cabrito, que por poco nos lleva á sepultarnos en aquel monasterio de la Trapa, y aquel horrendo festín que tanto me reprendió Usía, han redundado en bien de Usía mismo y de sus sucesores; pues, si por ventura no llegamos á comernos aquel choto, éste y no el hijo de Usía hubiera sido el Príncipe heredero de los reinos de España, como primogénito de Dulcinea, y, para unir á España con Portugal, aquél hubiera tenido que casarse con la Princesa Beatriz.

¡Qué disparatadas cosas se te ocurren, Bartola! exclamó D. Quijote. ¿No ves ¡oh bellaco entre los bellacos! que aquel cabrito era un bastardo y que los bastardos no heredan las coronas de los reinos, como no sea que muevan guerra á los sucesores legítimos y por derecho de conquista se los arrebaten, como sucedió á D. Enrique de Trastamara con D. Pedro, á quien yo no llamo el Cruel, sino el Justiciero?

Tiene Usía razón, y yo no había caído en la cuenta, respondió Tragaldabas; mas ya que con el texto de las leyes me ha convencido Usía en ese punto, voy á someterle otro en que la ley que yo me sé le quita la razón. ¿Cómo no siendo nacido aún ese Príncipe heredero de España, ha podido Usía tratar y contratar en su nombre, ni ha de tener validez lo que concertó?

También aquí te gano el pleito, replicó el caballero: porque has de saber que el póstumo se considera como nacido para todo lo que le beneficia, y así pude yo tratar y contratar en beneficio de éste.

No lo entiendo, respondió Bartola, y lo que á mí se me alcanza es que aquí no hay Prínci-